

señor de Franqueville, apenas había podido reunir veinte mil.

Pasaron varios meses: Don Bosco estaba en Turín y como el asunto nada avanzara, el vendedor declaró que si el primero de enero no estaba firmada la escritura se consideraba libre de su compromiso.

Corrían los últimos días de diciembre y las limosnas colectadas eran escasas.

Dióse esta mala noticia á Don Rua para que la comunicara á Don Bosco; y la respuesta que Don Rua recibió fué se encargara de advertir que la oración era el único recurso con que, tanto en París como en Turín, debía contarse.

Cerrada ya la carta iba á enviarla al Correo, cuando se presenta Don Durando trayendo otra recién llegada de Roma. Era de la condesa S\*\*\*, que ponía cuarenta mil francos á la disposición de Don Bosco, con la expresa condición de que se destinaran á la fundación de un Oratorio en París.

Importa notar que la donante no tenía la menor noticia de las circunstancias que ponían en peligro la fundación proyectada.

Don Rua abrió su carta y añadió una posdata anunciando haberse obtenido la suma y pidiendo que se extendiese la escritura á la mayor brevedad.

Así fué cómo se estableció en París el Oratorio de San Pedro y San Pablo.

1884.

### DON BOSCO Y VICTOR HUGO

Nadie ignora que el viaje de Don Bosco á París en 1883 fué para el humilde sacerdote un triunfo continuo, una serie no interrumpida de piadosas aclamaciones, en una palabra, un acto elocuente de fe de la ciudad que es mirada como incrédula. Donde quiera que iba Don Bosco presentábasele una muchedumbre inmensa de todas las clases sociales para pedir una gracia, un consejo, una palabra á aquel que públicamente proclamaban *hombre de Dios*.

Muchos debían contentarse con verle y recibir su bendición; otros más afortunados ó más perseverantes conseguían hablarle.

Don Bosco ha querido conservar fiel recuerdo de una conversión que es un precioso documento histórico; y nosotros nos complacemos en reproducir aquí el texto italiano, que dictado y revisado por él mismo, se guarda en los archivos de la Sociedad Salesiana, en el Oratorio de S. Francisco de Sales en Turín.

Una tarde, después de tres horas de antesala, esperado su turno, presentóse á Don Bosco un personaje que le era enteramente desconocido y el cual apenas le hubo saludado le dijo:

— No extrañéis, señor, os diga que soy un incrédulo y que no doy por consiguiente la menor fe á los milagros que algunos proclaman.

— Ignoro á quien tengo el honor de hablar y no intento saberlo; os aseguro que no procuraré haceros creer lo que no queréis admitir, ni os trataré de religión si no es de vuestro agrado. Con todo, decidme ¿habéis pensado de este modo durante toda vuestra vida?

— En la infancia mis creencias eran las de mis padres y amigos; pero desde que pude reflexionar y razonar dejé á un lado la religión para vivir como filósofo.

— ¿Qué entendéis por estas palabras: vivir como filósofo?

— Llevar una vida feliz, sin creer en lo sobrenatural, ni en la vida futura, medio de que los sacerdotes se sirven para intimidar á las gentes sencillas y poco instruídas.

— ¿Y qué admitís respecto á la vida futura?

— No perdamos tiempo en tratar esta cuestión; hablaré de la vida futura cuando me encuentre en lo futuro.

— Veo que os chanceáis; pero ya que tocamos este punto, tened la bondad de escucharme. En cualquier día os puede sobrevenir una enfermedad imprevista.

— Sin duda, respondió el caballero — de complexión robusta, pero entrado en años — tanto más posible cuanto que, á mi edad, está uno expuesto á mil enfermedades.

— ¿Y estas enfermedades no podrían llevaros á la sepultura?

— De seguro, como quiera que nadie está dispensado de pagar tributo á la muerte.

— Llegada vuestra última hora entraréis en la eternidad...

— Procuraré no decaiga mi espíritu para ser filósofo y no creer en lo sobrenatural.

— Y ¿qué os impedirá, al menos entonces, pensar en la inmortalidad de vuestra alma y en vuestra religión?

— Nada; pero sería una debilidad que me pondría en ridículo ante mis amigos.

— Sin embargo, al despediros del mundo, bien podríais dar la tranquilidad á vuestra conciencia!

— Sin duda, pero no creo necesario rebajarme hasta ese punto.

— Si tal es vuestro ánimo ¿qué queréis entonces? El presente pronto no os pertenecerá; de lo futuro no queréis que se os hable. ¿Qué esperanza os queda?

El desconocido inclinó reflexivamente la cabeza.

— Os es necesario pensar en lo porvenir: aún os restan algunos días de vida; si los aprovecháis para volver al seno de la Iglesia é implorar la misericordia de Dios seréis salvo y salvo para siempre. En caso contrario moriréis como incrédulo, como réprobo y todo concluirá para vos: sólo os quedará la nada, como decís, ó un eterno suplicio.

— En vuestro lenguaje yo no veo religión ni filosofía, sino palabras afectuosas que no rehusó

escuchar. Ninguno de mis amigos bien versados en filosofía ha resuelto aún el problema: *eternidad desgraciada ó nada*. Meditaré en lo que me habéis dicho y, si me lo permitís, volveré á veros. En seguida apretó la mano de Don Bosco, dióle una tarjeta y se retiró.

Don Bosco leyó entonces el nombre de la visita: VÍCTOR HUGO.

El gran poeta volvió algunos días después y estrechando la mano á Don Bosco le dijo: — Yo no soy el mismo del otro día; me chanceé al presentarme ante vos como incrédulo. Soy Víctor Hugo y os ruego seáis fiel amigo mío. Creo en la inmortalidad del alma, creo en Dios y espero morir en brazos de un sacerdote católico que recomiende mi alma al Creador.

Por desgracia Víctor Hugo, como bien se sabe, no tuvo tiempo de realizar su deseo.

1884.

#### EL ABATE\*\*\*

El 3 de marzo de 1884, estando Don Bosco en Mentón, suplicáronle que visitase á un anciano sacerdote enfermo de muerte.

Don Bosco se apresuró á verle y le halló recostado en el lecho, casi sin sentido.

— ¿Cómo estáis, señor *abate*?

No responde.

— ¿No me oís?

El pobre enfermo comienza á balbucear algunas palabras inteligibles.

— ¿No conocéis á Don Bosco?

— ¡Don Bosco! ¡ah! sí, le conozco.

— ¡Y bien! yo soy; ¿no queréis decirme algo?

— ¡Cómo! ¡sois vos, Padre mío!

É incorporándose en el lecho,

— ¡Quiero levantarme! exclama.

Su hermana, allí presente,

— No pierdas la cabeza, le contesta.

— Os digo que quiero levantarme. Ordenad que no me traigan la Extremaunción;

En efecto, pronto debían venir á administrarle los últimos sacramentos.

Se levanta, habla en perfecto conocimiento y á la mañana siguiente oye la misa de Don Bosco.

En verdad que la salud tan inesperadamente recobrada no fué muy duradera, pues que algunos meses más tarde caía enfermo de nuevo y ya no estaba allí Don Bosco para restablecerle.

1884.

#### EL PRIMER OBISPO SALESIANO

Al Ilmo. Sr. Don Juan Cagliero cabe el honor de ser el primer Obispo de la Pía Sociedad Salesiana.

Nacido en Castelnuovo de Asti entró á la edad de 13 años, en el Oratorio de Turín, dónde llegó á ser el discípulo favorito de su compatriota Don Bosco, quien le tuvo casi siempre á su lado, hasta que en 1875 le constituyó jefe de los misioneros que debían evangelizar la Patagonia.

Es un hombre ilustre y de variados conocimientos; su nombre es harto conocido en la república de las artes, en la cual se hace grande estima del rico repertorio de composiciones musicales, particularmente sagradas, de que es autor. La pasión por la música despertóse en él desde niño, cuando en el colegio, lleno de entusiasmo, pasaba estudiando largas horas en un mal piano...

\*  
\* \* \*

A la edad de quince años el niño Cagliero cayó gravemente enfermo: una fiebre tifoidea acompañada de congestión cerebral hacía temer por su vida. Don Bosco no le desamparaba un instante; mas, á pesar de los cuidados que le prodigaba, la enfermedad seguía aumentando y llegó día en que el médico le dijo con tristeza:

— Don Bosco, ya no hay esperanza; es menester prepararle á morir.

En consecuencia, administráronse los últimos sacramentos al enfermo, esperando que de un instante á otro ocurriría la catástrofe.

Una mañana el buen Padre, angustiado el corazón, entró en la alcoba del moribundo y vió una

paloma que, después de revolotear sobre la cama del niño, dejaba caer sobre su frente, ya fría, un ramo de olivo que llevaba en el pico.

Temiendo padecer una alucinación, aproximóse á la cama y entonces vió al rededor del niño Cagliero y aun sobre el lecho una multitud de seres extraños.

— ¿Son hombres acaso?

— Sí, y entre ellos distingue dos tipos perfectamente marcados que comprenden á los demás: el uno es de fisonomía aplastada, moreno-cobrizo y parece un desgraciado; el otro de talla alta, de aspecto guerrero, pero con cierta expresión de bondad. Ambos inclinados miran con gran ansiedad el rostro del pequeño moribundo.

En tales momentos siente Don Bosco una iluminación repentina y sin poder contener las lágrimas, se llega al niño y, después de mirarle un rato, le dice:

— Cagliero ¿quieres sanar ó ir al Paraíso?

— Ir pronto al Paraíso, si le parece bien á Don Bosco.

— No, mi querido hijo, todavía no es tiempo: vas á sanar; serás clérigo, sacerdote, y un día, misionero con el breviario bajo el brazo, irás á recorrer el mundo en busca de almas que salvar.....

(El Ilmo. Sr. Cagliero mismo es quien refirió esto en una Conferencia á los Cooperadores Salesianos, en la iglesia de María Auxiliadora, el 23 de mayo de 1888).

El niño sanó, recibió el sacerdocio, se graduó

doctor en teología, fué misionero y por fin en 1884 fué consagrado Obispo de Mágida. Concluída esta solemne é imponente ceremonia, el nuevo Obispo, después de abrazar á su anciana madre va á Don Bosco, el que con el bonete en la mano le esperaba descubierta la cabeza. El Ilmo. Sr. Cagliero se acerca con las manos ocultas en los vestidos; á nadie, ni á su madre, había permitido besarle el anillo pastoral; mas Don Bosco quiere estrecharle la mano y llevarla á los labios. Abrázale entonces el Obispo; dulces lágrimas expresan el amor del padre y del hijo y, después de esta tierna escena, Don Bosco es el primero en besar el anillo del Prelado.

Hay más: Don Bosco sabía que el Ilmo. Señor Cagliero le asistiría en sus últimos momentos, lo cual parecía bien improbable, puesto que en 1885 el Obispo había vuelto á América del Sur; durante la última enfermedad de Don Bosco hallábase en la Patagonia, y para mayor desgracia, el 3 de marzo de 1887, una caída terrible habíale condenado á larga inmovilidad. En el paso de la Cordillera de los Andes, arrojóle el caballo en medio de las rocas y precipicios, y bien que sólo por milagro se explica que no muriese en el acto, al recogerle observóse que tenía varias costillas rotas y graves contusiones. Esta circunstancia era tanto más crítica cuanto que se hallaba lejos de toda habitación y habría sido menester andar centenares de leguas para encontrar socorro de un médico.

La noticia de tal accidente produjo en el Ora-

torio grande y general consternación: sólo Don Bosco no manifestó temor alguno.

Poco después el venerado Padre parecía sucumbir bajo la acción de antigua enfermedad y se temía que tan preciosa vida de un momento á otro se extinguiese. Mas mientras en todos los que á él venían se manifestaba la mayor inquietud, Don Bosco decía invariablemente: todavía no... *después, después*. Esperaba á su amado hijo, que en efecto llegó á Turín el 7 de diciembre de 1887.

Al presentarse el Ilmo. Obispo, Don Bosco dió un profundo suspiro de alegría y consuelo. Como lo había previsto, fué su hijo Obispo quien le administró los últimos sacramentos, recitando á su cabecera las preces de agonizantes y recibiendo su postrer aliento.

Otras importantes predicciones hizo Don Bosco concernientes al primer Obispo Salesiano y que seguramente se cumplirán como las demás.

1884.

¡Sacerdote jamás! Prefiero que muera.

Una señora de la aristocracia de Turín, acompañada del menor de sus hijos, llegó á visitar á Don Bosco. Nadie podía poner en duda la piedad de la familia, puesto que el jefe de ella encargado de los asuntos del Gobierno piamontés desde *la*